

BORO

Atravesamos los muros como fantasmas. Los restos de dos edificios colapsados obturan el último trecho del callejón y nos obligan a derrapar en los escombros sueltos, a equilibrarnos sobre lozas cubiertas de linóleo, a trasponer cantos serrados de ladrillos y baldosas. Esta franja al sur del sitio eriazado, una zona de frontera, lleva largo tiempo deshabitada. A juzgar por las escasas señales de vida –bolsas de plástico, antiguas fogatas, trazas de olor a excremento y orina rancia–, solo la transitan grupos nómades. En este lugar el interior se ha vuelto exterior. Es el reverso de algo: un mundo nocturno a plena luz del día.

Salimos al terreno abierto. Esperamos a que Marinetti recupere el aliento antes de unirnos a nuestros colegas. Una copa de agua en ruinas domina la vasta explanada. Su sombra se extiende en diagonal por una cancha de fútbol. Pisamos bases de cemento, polvo y pasto seco, quebradizo. Esto fue alguna vez un pequeño parque, un espacio recreacional encajonado entre las hileras regulares de edificios. Ahora ha quedado reducido a un mapa de sí mismo. Hay círculos de piedra que contenían árboles jóvenes, arrancados de cuajo para leña, los restos erosionados de senderos de gravilla y unos juegos infantiles despojados de cualquier vestigio de metal.

El sol cuelga bajo, enorme, color de sangre, sobre los blocks, debilitado tras capas de polvo y la inmundicia escupida sin tregua por las operaciones mineras. Las fachadas de los edificios de cuatro pisos se funden en un solo terraplén gris. Algunos curiosos nos vigilan desde las ventanas oscuras o encaramados a los techos, medio ocultos entre la

ropa tendida. Erres. Noto a un sujeto que forma un visor con sus manos o sostiene binoculares. Cuatro adolescentes se han aventurado a la explanada abierta. Nos observan, inmóviles, desafiantes, en medio de la cancha polvorienta, manteniendo una distancia prudente de nosotros y de los blocks. No exhiben tatuajes en las caras. Son claneros, el nuevo tipo. No se llaman a sí mismos por ese nombre pero muchos lo hacen, rehusando aceptar lo que son: no una anomalía entre los clanes sino una especie distinta, una cepa inédita, letal. Es insólito que se expongan así después del amanecer. ¿Qué los ha sacado de sus madrigueras? ¿Curiosidad? ¿Una apuesta? ¿El deseo de llevar las cosas al límite, de provocar, no a nosotros sino a los amos y señores de esta área, los Erres que vigilan desde los edificios?

Nuestros colegas pululan como un rebaño dentro del perímetro cercado con cinta plástica. Por instrucciones de Marinetti, todos los vehículos han sido estacionados lejos, excepto la vieja ambulancia abollada. Reinoso se separa de nosotros y se adentra con cautela en la cancha. Tres de los chicos retroceden en dirección a un boquete en un muro de ladrillo –su ruta de escape– sin darnos la espalda, de modo de no mostrarnos sus armas. Uno solo, el líder, mantiene su posición. Reconozco a una mujer del laboratorio forense. Distingo a Wong, el patólogo, quien, unos 30 metros más allá del grupo principal estudia en cuclillas lo que parece un montículo de tierra endurecida. Sus mechones rojizos, sus desconfiados ojos verdes y su angosta cara pecosa, prematuramente surcada por líneas de amargura, no calzan con su apellido asiático.

Nuestra llegada –la llegada de Marinetti– altera la atmósfera. Es un evento inusual, sobre todo a esta hora de la madrugada. El grupo se tensa, hace un alto expectante, cuando el núcleo interno se abre para permitir que

nos asomemos. La joven yace en una postura incómoda, desarticulada. Tiene las rodillas dobladas, los pies formando una cuña bajo el torso, la espalda arqueada y en leve contorsión. Su brazo izquierdo está extendido. La mano derecha descansa delicadamente en su cadera. La palma ha sido perforada por una bala. Usaba el pelo muy corto, casi rapado. Sus rasgos se han asentado en una curiosa mueca distendida, como si se hubiera acomodado en la muerte. Su expresión me hace pensar en una foto tomada a des-tiempo. Es un impulso que uno debe resistir ante la extraña ausencia que es un cadáver: buscar en el rostro lo que sea que se ha extinguido. Su ojo izquierdo, entreabierto, refleja la luz opaca del cielo igual que una esquirra de vidrio. El derecho es una cavidad oscura, supurante. Lleva una túnica blanca –del estilo que se suele ver en algunos ritos evangélicos– que se ha levantado hasta la mitad de sus muslos y muestra escasas salpicaduras de sangre.

–¿Quién llegó primero? –pregunta Marinetti.

–Yo –murmura Pereira, un detective enjuto con el que rara vez coincidido en terreno. Hoy hemos acudido todos. Pereira está muy resfriado. Su complexión es no menos lívida que la de la joven tendida a sus pies.

–¿Y Wong, cuánto rato que anda por acá?

–Una media hora.

Todos han retrocedido un paso, excepto el fotógrafo, quien se cierne, afanoso, sobre el cuerpo. Como siempre, Marinetti proyecta su barítono, actúa para la audiencia. Transforma cada escena de crimen en una clase maestra, una obra improvisada pero predecible en la que todos cumplimos nuestros roles a cabalidad. Al igual que Pereira, Marinetti es un veterano, integra la división desde antes de la época en que fue privatizada y, al cabo de unos meses, reingresada al ámbito de la Administración.

–Si es tan amable –ladra Marinetti.

El fotógrafo se retira, azorado.

–¿Qué tenemos?

–Sexo femenino. Entre 20 y 23 años. Abrasiones en...

Marinetti levanta una mano y la frase de Pereira se disgrega.

–¿Quién dio el aviso?

–No estamos seguros. Pueden haber sido ellos...

Pereira se gira hacia la cancha. Reinoso y el líder de los pandilleros se estudian desde lejos, sin pronunciar una sola palabra.

–¿Tiempo?

–No más de ocho horas, según Wong...

–¿Arma?

–Una nueve milímetros.

Lo he presenciado cientos de veces: el jefe dominando la escena de un crimen como un director de teatro, orquestando en reversa, no organizando una secuencia de eventos que tendrá lugar en el futuro, sino la reconstrucción del pasado. El ajeteo colectivo, la cinta, las fotografías, el etiquetado de evidencia, también constituyen un espectáculo. Con escasas excepciones –quisiera creer que Reinoso y yo nos contamos entre ellas– esta unidad es un modelo de incompetencia. La mayor parte de los asesinatos en el distrito central queda sin resolver. De una cosa no cabe duda: los lugareños no tuvieron nada que ver en esto. De lo contrario, se hubieran desecho del cadáver.

–Dos disparos a corta distancia –continúa Pereira–. Uno perforó la mano. Seguimos buscando la bala. El segundo la mató en forma instantánea.

Pereira chasquea los dedos de una mano.

Puede ser la túnica, la cruz de madera que descansa en el polvo junto a su mentón, atada a su cuello con un cordel, o el halo de sangre oscura que enmarca la cabeza de la joven: la

herida en su mano me hace pensar en un estigma. Por algún motivo reclama mi atención, más que las peladuras simétricas en las rodillas, más que el orificio en su cara por el que se le escapó la vida.

–Murió aquí –anuncia Marinetti–. No la arrastraron ni la tiraron. Estaba de rodillas y no opuso resistencia.

Pereira tiene un ataque de tos.

–¿Huellas de neumáticos?

–No –responde Pereira aclarándose la garganta–. Parece haber caminado desde allá.

Señala en dirección a la copa de agua.

–Lo mismo que el asesino –agrega Marinetti.

Puedo ver al corpulento veterano en su abrigo deforme inclinado sobre otros cuerpos, sus ojos escaneando cada detalle, alertas, vivos, incongruentes en su rostro hinchado, mal afeitado, enmarcado por un mechón de pelo teñido y mejillas alcohólicas. Y esa visión viene acompañada de breves ráfagas de un sentimiento disipado hace mucho tiempo, tan lejano que bien podría pertenecer a otro: admiración por Marinetti. Esa antigua reverencia de hecho pertenece a otro: al Boro de 19 años, el chico que se esforzaba con toda su energía y concentración por dilucidar la mente del jefe. Cada noche, exhausto tras jornadas de 15 horas o más, me sentaba en el piso de mi pieza y cerraba los ojos en un ejercicio próximo a la contemplación, rememorando los casos, asimilando, ponderando cada procedimiento y paso lógico, cada golpe de intuición. Marinetti pasaba sus días reconstruyendo cadenas de eventos en orden inverso, yendo de los efectos a las causas, y yo mis noches reconstruyendo esa reconstrucción. Desde el primer día me dije que estaba destinado a sucederlo, a transformarme de algún modo en él. Que Reinoso y yo secretamente compitiéramos por ello se ha revelado como una broma cruel. Me tomó casi

una década entender la verdadera naturaleza de su poder. Y lo he visto menguar –a la par que mi admiración– año tras año. La ley que hacemos cumplir ha ido perdiendo sustancia. Lo que queda de la autoridad del jefe ya no podrá transferirse a ninguno de nosotros.

He llegado a considerar mi carrera en la división –que, si todo sale de acuerdo a lo planeado, acabará dentro de unos días– como un viaje circular. Consumí los primeros años sumergiéndome más y más profundamente en el mundo de Marinetti, y el resto tratando de librarme de él. Hace un año arribé a una conclusión inevitable: no quedaba otra alternativa que escapar. Si llegara a enterarse de mis planes la represalia sería contundente, ejemplar. Bien podría terminar de rodillas en un sitio eriazo con una bala en un ojo. Pero, conociendo a Marinetti, cabría esperar una cuota de jactancia, turnos de esperanza y desaliento, de compasión y degradación, un prolongado, sofisticado tormento. ¿Es posible que lo sepa? ¿Sus informantes han infiltrado a los coyotes o sus redes de apoyo? ¿Está llevando a cabo uno de sus proverbiales juegos, humillándome en secreto, esperando al último instante para dar el zarpazo? La sola idea me provoca un escalofrío. Marinetti lo nota.

–¿Todo bien, Boro?

–Qué frío de mierda –contesto y me esfuerzo en sonreír.

Es imposible, me digo. He tomado todas las precauciones imaginables en estos meses de meticulosa planificación. No he tocado mi sueldo, he usado fondos no rastreables que provienen de mi madre. He distanciado los pagos hasta el límite de la paciencia de Souza. He insistido en contactarme solo con él, bordeando el agravio, ya que la confiabilidad y discreción son el orgullo de los coyotes, la piedra angular de su negocio. Souza entiende los riesgos. Sabe que Marinetti vendrá tras mis pasos con todos los medios a su alcance.

Wong se levanta y se une a nuestro grupo. Me doy cuenta de que lo que ha estado examinando no es un montículo de tierra sino un perro muerto. El animal se ha reducido a una delgada estructura de huesos y piel, una forma estilizada como una escultura.

–¿Alguna relación? –pregunta Marinetti.

–No creo –responde Wong. Su mirada rehúye la de Marinetti–. Lleva acá un tiempo. Diría que fue envenenado. Murió de sed.

–¿Terminaste con ella?

Wong asiente.

–La causa de muerte está más que clara, ¿no?

–Así es.

–¿Podemos moverla?

–Seguro.

–¿Para cuándo estaría el informe preliminar?

–Esta misma tarde –murmura Wong.

–Veamos el cuello.

Pereira se enfunda guantes de goma. Se agacha y rota los hombros de la mujer para dejarla en posición fetal. Ahí está: la diminuta incisión en la nuca, cubierta por una costura de tierra.

–No es lo que yo llamaría precisión quirúrgica –declama Marinetti.

El rigor mortis no se ha asentado aún, no por completo. Levantan a la mujer y la acuestan en una camilla. Tiran el vestido hasta los tobillos. Reinoso se nos une cuando extienden un plástico sobre ella.

–La conozco –anuncia sin énfasis.

Reinoso se agacha encima de la camilla. Descubre el sudario de plástico negro y estudia el rostro de la joven.

–Marlene Díaz. Es ceramista. Es... era conocida de mi mujer. Del barrio. Le hemos comprado algunas cosas.

–No es de por acá, entonces –dice Marinetti.
Reinoso niega con la cabeza.
–¿Qué estaba haciendo aquí? ¿Paseando? ¿Disfrutando del paisaje?
Marinetti sonrío. La sangre se empoza entre sus dientes.
–¿Evangélica?
–Creo que sí –contesta Reinoso.
–¿Nuestros amigos vieron algo? –quiere saber Marinetti.
–No.
Marinetti deja escapar un suspiro. Parece haber perdido interés de pronto. Se queda un momento contemplando una trenza de pasos sobre nivel colapsados.
–A todo esto –agrega como una acotación–, no van a encontrar otra bala.
–¿Por qué no? –pregunta Pereira, obsecuente.
–Le dispararon una sola vez. Nuestra amiga Marlene levantó su mano así –imita un gesto defensivo–. La bala la atravesó antes de incrustarse en el ojo.
El círculo guarda silencio. El jefe deja que la pausa se estire y esperamos. En contraste con su habilidad para leer el pasado, no puede vislumbrar el futuro inmediato, mi desertión lo tomará por sorpresa. Estoy seguro.
–No los molestaremos más, señores, damas –declara y comienza a alejarse.
–Pereira, debieras irte a tu casa a descansar –sugiero.
–Es verdad, huevón –declama Marinetti, alejándose hacia los edificios en ruinas, seguido por Reinoso y por mí–, te ves pésimo.

Reinoso y yo visitamos la casa de la muerta. Hace una década hubiera asumido que dábamos inicio a una investigación y Marinetti se hubiera burlado, empujándome con

sutil condescendencia hasta situarme en la perspectiva correcta. Ahora sé que esto es una fase de clausura. Unos cuantos pasos rutinarios más –autopsia, informe toxicológico, balística– y el caso de Marlene Díaz se transformará en un archivo entre archivos.

Reinoso maneja despacio por calles angostas, zigzagueando con cautela en el asfalto desmoronado, por el borde de baches que se desploman cual acantilados, exponiendo tuberías de plástico, grutas, pozos de concreto como silos, esqueletos de camionetas o buses semienterrados. Si el auto se despeñara por una de estas trincheras, no podríamos sacarlo. No sin ayuda. Y la superficie plana no es menos traicionera. Progresamos en medio de montículos de escombros, tierra endurecida y basura, planchas hinchadas de yeso, neumáticos de viejas barricadas, pisando juguetes amputados, teclados, monitores vacíos. A este paso avanzaríamos más rápido a pie. En toda la ciudad las calles se están volviendo menos amigables a los vehículos motorizados, siendo conquistadas por formas atávicas de transporte. Persisten algunos recordatorios –los muñones torcidos de señales de tránsito, las deslavadas líneas paralelas en algunas esquinas– de la época en que el tráfico dominaba las calles. En esta área la mayoría de los edificios ha colapsado, siendo sustituidos por una marea de cabañas hechizas, multicolores. Aquí y allá algunas ruinas resisten en pie, los muros interiores exhibiendo cicatrices: líneas y ángulos rectos donde las cañerías han sido arrancadas.

La familia de Reinoso no reside lejos. Puedo notar su incomodidad. Nadie quiere llevar este trabajo demasiado cerca de casa. Marinetti desconfía de él. Me lo ha confesado en más de una oportunidad. Y sin duda también le ha encargado que me vigile. Ninguno de los dos puede bajar la guardia. He pasado cada jornada laboral con Reinoso

durante cinco años y hay un hemisferio de él que me resulta desconocido. Él y el jefe operan en una misma longitud de onda. No es que resienta verme excluido de su complicidad, si se puede llamar así. No es que me sienta autorizado a juzgar a mi compañero. No lo voy a echar de menos, eso es todo. No voy a echar de menos muchas cosas del trabajo.

Reinoso arrastra y deforma las palabras, sus ojos reducidos a ranuras, la cabeza suelta e inestable sobre sus hombros. Cualquiera lo atribuiría a los efectos de la hierba. Pero estaría equivocado. No es que se abstenga de fumar –o beber–, incluso estando de servicio. En su juventud, antes de ingresar a la división, se envolvió en este personaje intoxicado, una máscara que ha llegado a fundirse con su verdadero ser. Aunque quisiera, ahora no podría despojarse de ella. En un par de ocasiones lanza miradas de reojo a un edificio derrumbado, una intersección o la fachada de un viejo cine y murmura una frase trunca, inaudible, se refrena y vuelve a refugiarse en un hosco laconismo. Sé lo que ve, lo que se rehúsa a compartir: recuerdos. Es lo mismo en mi barrio. Cada callejón, cada esquina, rebosa de imágenes, escenas, fragmentos de historias.

Cruzamos la línea del tren. Reinoso estaciona en una plaza oval frente a una hilera de casas nuevas de madera. Las estructuras idénticas han sido pintadas de colores brillantes: rosado, amarillo, verde, blanco y naranja. Una sola mano ha trazado anuncios con brocha en las puertas, aclarando que corresponden a templos de cultos rivales. Marlene Díaz habrá sido feligresa de uno de ellos. Un bulldozer ha sido estacionado en medio de la plaza, junto al borde de una pileta reconvertida en pista de skate, con rampas improvisadas de madera. Una familia de gitanos se ha asentado más allá de la pileta. Un par de caballos escuálidos amarrados a las carretas olisquean el polvo en busca

de restos de hierba. Sigo a Reinoso por delante de las iglesias. Nos adentramos en un angosto corredor que parece la entrada a una sola vivienda. Se bifurca y, al cabo de unos pasos, se ramifica de nuevo.

Algunas secciones de los callejones han sido cubiertas con lona o planchas de yeso. En los trechos oscuros me acecha cierta claustrofobia, la sensación de haber traspuesto un límite, de haber sido tragado. La mayoría de las casas tienen cortinas hechas de retazos. Aromas de estofado, empanadas recién hechas, humo de leña, tabaco, hierba y aguas negras flotan en los pasadizos. Reinoso bien podría irse orientando por el olfato. En un par de encrucijadas, se detiene, duda. No pierde la orientación, sino que –sospecho– lo asalta el pasado. Atraviesa este nudo de pasillos y también un entramado de recuerdos. Nos acercamos al sonido de una guitarra. El desgano rasgueo se apaga a nuestro paso. Uno o dos transeúntes saludan vagamente a Reinoso. No seguimos una línea recta. Creo que evita cruzar líneas invisibles, adentrarse en territorio hostil.

Reinoso se para frente a una ventana. Se asoma al interior oscuro a través de una densa red de alambre de gallinero.

–Es aquí.

Hay una puerta de madera. La empujamos. El interior, iluminado por un tragaluz sucio de plástico corrugado, es tan oscuro como el callejón. Hay dos colchones en el piso de tierra, uno en cada cuarto, algunos utensilios de cocina, un canasto de mimbre, un pequeño montón de leña, dibujos infantiles pegados a las paredes de cartón.

–¿Qué pasa?

Una mujer corpulenta obstruye la entrada.

–Un chequeo de rutina –dice Reinoso.

–¿Marlene está bien? Salió tarde anoche. Dijo que iba al hospital. No me dejó que la acompañara...

La voz de la mujer es inestable. Una túnica blanca cae de sus hombros sólidos, una cruz de madera le cuelga del cuello. Usa el pelo casi rapado, igual que Marlene Díaz.

–¿A qué hora salió?

–Pasada la una.

–¿Iba alguien con ella?

–No que yo sepa –contesta la mujer, sus ojos distendidos por la angustia. No es capaz de calibrar el volumen de sus palabras y grita en el encierro del estrecho habitáculo. Reinoso balancea su cuerpo en una versión exagerada de su yo ebrio. Se ve incómodo. La vehemencia de la vecina, su desolación en carne viva, pulsan una nota falsa, nos vuelven conscientes de nuestro propio desapego.

–¿Dónde está su hermana? –pregunta.

–Cecilia salió el martes pasado. Se llevó al niño.

–¿Adónde?

–Elías fue a pasar esta semana con su abuela. Se suponía que lo iba a dejar y volvía el mismo martes. Pero no la he visto. Imperdonable dejar sola a la Marlene en su estado. Si no fuera porque una se mantiene atenta...

–Parece que se hubieran mudado, ¿no? –murmura Reinoso.

La mujer emite un breve jadeo, como si le faltara el aire.

–¿Marlene está bien?

Reinoso no contesta.

–¿Marlene está bien? –insiste la mujer más alto.

–No, lo siento –responde Reinoso.

La mujer se echa a llorar. Todo su cuerpo se agita en lentas convulsiones, las palmas de sus manos contra su rostro.

–¡Dios mío! ¡Señor mío! –grita.

Reinoso se acerca a la mujer y la abraza con torpeza.

La luz turbia, ocre de la tarde inunda el distrito como una nube tóxica. La resolana me deslumbra al salir de la central. Hago lo posible por no desviarme de la angosta franja de sombra. Camino despacio, ya empezando a sudar, a lo largo del muro en que los rayados han sido cubiertos con parches de pintura. Llego hasta un alero, un nuevo corredor de sombra, pero no hay forma de escapar del calor insidioso, implacable.

Me han enviado a cumplir un encargo. Una de las leves humillaciones a las que Marinetti somete a todos por igual, siempre haciéndote sentir que te han quitado de pronto un punto de apoyo. ¿Me ha sacado de en medio para distraerme, para evitar que me entere de algo relacionado con Marlene Díaz? ¿Han notado mi incomodidad ante la escena de esta mañana? Es un estilo de ajusticiamiento común entre los clanes y tribus: la víctima propiciatoria de rodillas, el disparo en la cara para que lo vean venir, el cuerpo abandonado a plena vista de modo que transmita un mensaje. Nada fuera de lo habitual. Solo hay un elemento que no calza: la difunta. Una joven evangélica sin prontuario ni aparente conexión con los clanes. ¿Qué podría comunicar tal mensaje? ¿A quién? En circunstancias normales esa incongruencia me intrigaría, sería un punto de partida. Pero mis circunstancias en estos días distan mucho de ser normales, mi larga espera está llegando a su fin, no puedo distraerme de mi objetivo. Con un poco de suerte, si logro completar la travesía, una nueva vida me espera en los campamentos occidentales. Hasta tengo una oferta de trabajo.

Me dirijo hacia el imponente edificio de la Administración. Es la mayor estructura de toda la ciudad, pero me da la impresión, casi la ilusión óptica, de que se trata solo de la cima de una colosal mole enterrada. Su presencia amenazadora, sus pesadas líneas neoclásicas, su majestuosidad

decrépita, siempre me han resultado inquietantes. En vez de continuar por su flanco, decido dar un desvío y buscar refugio del calor en sus pasillos oscuros. Mientras trepo en diagonal la gran escalinata de mármol flanqueada por dos leones, una furgoneta desvencijada dobla en la esquina y se acerca trazando eses entre los baches del asfalto hasta detenerse en la base de los escalones. Las ventanas están reforzadas con malla metálica. En el costado se lee, en letras muy desvaídas, SANTA CATALINA, y debajo una frase indescifrable. Me detengo. Dos guardias descienden de la furgoneta y me observan con desgano. Llevan armaduras completas, cascos y rifles de asalto. Uno de ellos abre las puertas traseras y esboza una señal. Dos hombres bajan torpemente de la furgoneta. Uno es viejo y alto, y se ha afeitado en forma desigual. Sostiene una bolsa bajo un brazo. El otro debe tener mi edad. Ostenta tatuajes nanos en el cuello y los antebrazos, y mira alrededor con ojos asustados. Uno de los guardias cierra las puertas y apunta con su rifle mientras su colega manipula los grilletes. Sin más ceremonia, se suben a la furgoneta, que se pone en marcha. Había olvidado este ritual. No es cosa de abrir la puerta principal de la prisión y dejar que los reclusos se marchen a pie. Se ha decretado que los guardias deben subirlos a furgonetas o buses para depositarlos en este lugar: el epicentro y símbolo del poder en la ciudad. Es dudoso que alguna autoridad resida entre estos muros. ¿Puede alguien jactarse de extender su dominio por toda la urbe? ¿La Administración? (Cada cierto tiempo debo recordarme a mí mismo que pertenecemos a sus filas). ¿Los clanes? ¿Las operaciones mineras? ¿La rama secreta de las autoridades, la organización sin nombre que bien podría no existir, no ser más que un rumor cuidadosamente implantado? ¿O están todos estos actores a la merced de una gran fuerza ciega

que no pueden controlar y ni siquiera concebir, una marea imparcial, inexorable? El viejo entorna los ojos en la resolana y parece desorientado. El soldado nano me escruta desafiante, sobándose las muñecas, y me doy cuenta de que me he detenido demasiado tiempo en mitad de la escalinata. Trepo los últimos peldaños hasta la entrada.

El guardia aburrido, encerrado en un cubo sucio de grueso plástico antibalas, apenas ojea mi credencial. Activa la puerta. Los altos corredores oscuros están desiertos. Como siempre, se ven funcionarios entrando y saliendo del edificio, y el ruido de voces y máquinas de escribir se filtra a través de las puertas numeradas, pero rara vez se encuentra a alguien en los pasillos. Pierdo el sentido de orientación. Sé que debo derivar hacia la izquierda en busca de una puerta lateral que da al hospital. Cada corredor por el que enfilo es una réplica exacta del que he dejado atrás. Hasta los números de las puertas dan la impresión de repetirse. Elijo una al azar y golpeo con mis nudillos. No hay respuesta. Me asomo a una oficina vacía. Otras puertas están cerradas con llave. Emerjo de pronto a la entrada principal. Avergonzado, le pido instrucciones al guardia. Estas son tan confusas que decido salir del edificio y proseguir a lo largo del perímetro exterior, a pleno sol.

Al llegar a mi destino estoy empapado de transpiración. Y mareado. El hospital fue alguna vez un orgulloso baluarte de esta zona oficial, su austera forma simétrica navegando en la estela del edificio de la Administración, y se ha hundido junto con la nave principal en el abandono. Aún no terminan de demoler el ala que colapsó el año pasado. Otras sirven de bodegas o han sido colonizadas por okupas. Solía acoger pacientes de todo el distrito central. Conforme han fallado los sistemas de transporte, han surgido hospitales de campaña en cada territorio. La salud, al igual

que otros servicios básicos, ha quedado en gran medida a cargo de una red de ONGs, regulada por las autoridades y financiada –según dicen– por las operaciones mineras.

Wong está sentado ante su escritorio en la morgue. Me llevo mejor con su jefe, Abel, gordo, sonriente y manchado de sangre como un carnicero; hoy no tengo más alternativa que tratar con Wong. Por la puerta que da a la sala de disección se filtra el hedor punzante de los químicos mezclado con el olor acre, húmedo de los muertos. El piso y los sumideros están limpios, las mesas vacías. Wong levanta la vista de un documento que ha estado revisando y me dedica una mirada sin expresión.

–Boro –dice a modo de saludo–. El informe todavía no está listo.

¿Esta demora también fue decretada por Marinetti? ¿Envió a algún colega, mientras Reinoso y yo revisábamos la casa de la víctima, a instruir a Wong? Me viene a la mente una imagen desprovista de contexto, un fragmento de una historia que oí hace años. En un gesto dramático, Marinetti una vez le entregó a alguien su tarjeta de visita depositándola sobre un cadáver. ¿Ocurrió en este mismo lugar o afuera, en terreno? ¿Fue una ruma de cuerpos o solo uno?

–¿Cuánto falta?

–Media hora. ¿Puedes esperar?

–No me queda otra –contesto.

Esto es obra de Marinetti. Wong y Abel no se atreverían a desafiarlo. Si él lo pidiera, acudirían corriendo a entregar el informe a la central.

–Ya vuelvo –anuncio.

Me alejo unos pasos por el corredor. Dejo que mi espalda se deslice por el muro y me siento en el linóleo. Escucho a Wong levantarse del escritorio y dirigirse a la sala de disección. Me levanto y me recargo en el umbral, justo fuera

de su campo visual, atento al golpeteo de escalpelos o tijeras contra las bandejas metálicas, al chirrido de las ruedas de una camilla. Aguardo a que se detenga en una esquina ciega. Me dirijo al escritorio y tomo un sobre nuevo que dice “Departamento de Patología”. Lo deslizo en el bolsillo interior de mi chaqueta.

Deambulo por corredores atestados. Me demoro ante una sala que conozco bien. La cama junto a la ventana –mi cama– está vacía. Deben haberla liberado hoy mismo. Una pila de sábanas dobladas descansa en el colchón manchado. Un médico y una enfermera completan su ronda. No los reconozco. Hace tres años me dispararon. Un soldado erre. Casi no vivo para contarlo. En un punto me desmayaba y volvía a mis sentidos en forma regular, en una especie de pulsación. Cuando perdía el conocimiento visitaba un sueño o alucinación continua –caminaba por un páramo de pasto, junto a un lago o río, y el barro succionaba mis pies descalzos–, de modo que me parecía oscilar entre dos mundos igualmente consistentes. Recuerdo el avance de las sombras por los muros a lo largo del día, el estuco descascarado, la baranda oxidada de la cama, los nudos de la sonda, un viejo atragantándose y exhalando su último suspiro en medio de la noche, el rumor lejano de los generadores.

Tras media hora, regreso a la oficina de Wong.

–Un minuto –dice. Inserta una hoja en blanco en su máquina de escribir y alinea las puntas. Me apoyo en el umbral mientras teclea. Termina y estampa su firma en el informe. Dobla el papel en tres y lo introduce en uno de los sobres. Me mira con desprecio cuando pasa la lengua por el borde engomado y lo sella. Garabatea “Sr. Marinetti” en el dorso y me lo entrega. Como tantos burócratas, estira todo lo posible su ínfima cuota de poder.

Sé que la información no es crucial. No arrojará luz respecto a lo que sea que Marinetti (¿y Reinoso?) se proponía ocultarme encargándome esta tarea inútil. Escribo la palabra “Marinetti” en el sobre nuevo. Mi imitación de la letra de Wong deja mucho que desear. Me doy cuenta de que he olvidado la palabra “Sr.”. La agrego, demasiado a la izquierda y no del todo alineada. Así será. Rasgo el sobre sellado. El informe preliminar de la autopsia ratifica la causa de muerte y confirma la intuición de Marinetti: la bala que perforó la mano derecha de Marlene Díaz terminó alojada en su cráneo. El ángulo de entrada, residuos de pólvora en la piel de la mano, las abrasiones diagonales en las rodillas y la postura de la difunta son consistentes con un ajusticiamiento a quemarropa. El informe de Wong contiene un solo dato inesperado: cáncer terminal. La autopsia no es concluyente acerca de su origen; tenía metástasis en huesos, cerebro, hígado y posiblemente en el páncreas. Si no hubiera sido por el –¿piadoso?– tiro de gracia, a la joven le quedaban semanas, a lo más un mes, de vida.

Reinoso me llama con una seña desde la oficina de Marinetti. Un desconocido ocupa la silla junto a él, enfrentando el escritorio atiborrado de papeles del jefe.

–Detective, le presento al señor Tobías Anderson –dice Marinetti desde su lugar detrás del escritorio.

Los ojos azules, casi translúcidos de Tobías Anderson, medio disimulados bajo párpados oblicuos, registran mi rostro durante un instante antes de volver a posarse, sin expresión, en los papeles que se acumulan en el escritorio. Apenas cabemos en la estrecha oficina sofocante.

–El señor Anderson era amigo de Marlene Díaz –anuncia Marinetti, reclinándose en su silla y cruzando los brazos–.

Vino a dejar constancia de una persona desaparecida y hemos tenido que darle la noticia.

Anderson asiente. Sostiene un tazón con dedos levemente temblorosos. Hace un esfuerzo visible por procesar la noticia. Diría que no lleva aquí más de 10 minutos. ¿Es esta visita lo que Marinetti quería ocultarme? ¿Anderson se atrasó? Marinetti no se muestra turbado en lo absoluto.

–La señorita Díaz le hizo llegar una nota anoche –me informa, blandiendo una hoja de papel gris–. Se proponía comprar analgésicos.

–Estaba muy enferma, cáncer –intercala Anderson. Sus labios gruesos ondulan como una criatura de mar, una anémona, al susurrar las palabras. Acusa los efectos del shock, aún desencajado, presa de un hondo desconsuelo. Se empeña por mantener cierta entereza y compostura. Resulta obvio que puede resistir el golpe, que sería capaz de tolerar cosas peores. Es un sobreviviente. Tiene cuarenta y tantos, es alto, delgado, atlético. He visto a algunos de su clase tratar de mimetizarse, disimular su condición. Pero no él. Pertenece sin duda a las filas de los diseñados. Probablemente arribó en su juventud, sin recuerdos de lo que se extiende más allá de las fronteras exteriores excepto en sus órganos y tejidos, la sustancia misma de su cuerpo. Y, dentro de los diseñados, corresponde a una categoría específica: el voluntario de ONG. Encarna esa aleación de honestidad y cansancio, idealismo y hastío, resultante de toda una vida de preocupación por la suerte de otros. A menudo he sentido envidia de los voluntarios, desearía poder borrar lo que he visto, añoro la pureza y simplicidad de su mirada, que lo reduce todo a su componente más esencial: las penurias de los pobres, los oprimidos, los desplazados, los huérfanos, los abusados y explotados,

el vórtice de necesidad que se devora la ciudad como un gran agujero negro.

–Tenía una hora para el próximo miércoles –agrega Anderson–. No aguantó. A veces el dolor era demasiado intenso... Quedé preocupado y decidí ir a verla esta mañana.

–¿Alguna idea de quién le vendía? –pregunto.

Anderson levanta la vista hacia Marinetti. Niega con la cabeza.

–¿Lo había hecho antes –pregunta el jefe–, había comprado remedios por fuera del sistema?

–Supongo que sí.

–¿Tenía un proveedor regular? –insisto.

–No sé. Lo siento.

–¿Quién podría saber?

Anderson guarda silencio por unos instantes. Cada superficie horizontal en la oficina de Marinetti –las repisas, el suelo, hasta el marco de la ventana– es una versión del escritorio: se apilan las cajas de cartón, carpetas y rumbas de documentos. Esta proliferación de documentos se reproduce por toda la estación. En definitiva, eso es lo que somos: una máquina procesadora de papel.

–Su hermana Cecilia –contesta Anderson.

–Hablamos con una vecina esta mañana –interviene Reinoso–. Cecilia Díaz salió de viaje el martes pasado con el hijo de Marlene.

–Hay que buscarla –señala Marinetti sin convicción.

Anderson lo estudia por unos segundos. Parece incómodo. Lo observamos sin que lo advierta desde detrás de un grueso cristal. Su aflicción, el esfuerzo que lo consume por asimilar la brutalidad del asesinato de la mujer, contrasta con un desgano, una inercia que ni siquiera imagina, una apatía que apenas podría pasar por desapego profesional. En unas horas el caso ya ha perdido tensión, urgencia. Una

mujer desesperada en el lugar incorrecto en el momento equivocado. Una baja de guerra que se desliza rápidamente en el olvido. Anderson no puede vislumbrar lo que irá aceptando con el tiempo: el asesino puede haberle hecho un favor a su amiga. Una salida rápida. El más poderoso analgésico.

Marinetti bebe un trago de aguardiente de una de las botellas de medio litro que atesora bajo su escritorio, habiéndole cedido su tazón a Anderson. Una pequeña nube de sangre de sus encías flota en el cuello antes de ser reabsorbida.

—¿Cómo conoció a la señorita Díaz? —pregunta con jovialidad.

—En el mercado central. Trabajo ahí. Me vino a pedir autorización para instalar un puesto.

—¿Cuándo fue esto?

—Hace tres meses.

—Era ceramista, ¿no?

Anderson asiente.

—¿Religiosa?

—Así es.

—¿Y usted?

Anderson se ve desconcertado.

Mis colegas y yo acostumbramos a anticipar una reacción específica entre quienes tratan por primera vez con Marinetti: el momento en que un rastro de sospecha les vela los ojos, en que comienzan a discernir, tras la afaibilidad del jefe, un dejo de burla. Su perplejidad a veces motiva una sonora carcajada. Al llegar a ese punto ya no hay salida. Han caído en sus redes. Comienzan a comprender, demasiado tarde, que nada es lo que parece, todo en él —la jovialidad, la perenne sonrisa que le marca hoyuelos en las mejillas, la picardía de niño travieso, el aspecto

desaliñado, incluso el pelo mal teñido— es una puesta en escena. Hay, por supuesto, quienes vienen plenamente advertidos de su reputación. Su actitud es no menos predecible: miedo. He visto hombres del doble de mi tamaño temblando de pies a cabeza en la central, pálidos y resignados, como si cruzaran las puertas del infierno.

Pero no es el caso de Anderson. Está conmocionado, pero curiosamente no ha bajado sus defensas ante Marinetti. Se mantiene alerta, reticente, hay en su actitud un grado de cálculo. Puede que lo hayan puesto sobre aviso: el jefe representa un peligro acaso mayor que las fuerzas que destruyeron a su amiga.

—No, la verdad es que no —contesta.

—¿Usted y la señorita Díaz eran... formaban una pareja? Anderson duda.

—Algo así.

Anderson no solo se mantiene firme ante Marinetti. Juraría, aunque las señales son sutiles, que lo detesta. Esta actitud tampoco es excepcional, constituye el reverso del terror que infunde en todo el distrito central. Marinetti tiene plena conciencia del odio que inspira, se alimenta del rencor de sus enemigos. Se sabe invulnerable. Su red de contactos alcanza a los estratos superiores de la Administración, de los clanes e incluso —si los rumores son de fiar— de la organización en las sombras que, según se dice, subyace a las autoridades y secretamente gobierna la ciudad. Es cierto que varias tribus han jurado asesinarlo por su dilatado expediente de arrestos, por haber sido responsable del ajusticiamiento a sangre fría, la violación y la tortura de no pocos de sus camaradas. Oficia de mediador y facilitador —y se lleva jugosas tajadas— en los negocios de extorsión y tráfico de drogas de Erres y Nanos. Muchos entre sus víctimas y subordinados exhalarían un suspiro de

alivio si su hígado le fallara de pronto, aunque sospecho que la bebida es un componente más del personaje. No me sorprendería si la mitad de su reserva de aguardiente resultara ser agua.

Marinetti deja transcurrir un largo minuto antes de golpear el escritorio.

–Muchas gracias señor Anderson. Le agradezco que se haya acercado. Y le reitero mis condolencias. Lo volveremos a molestar si necesitamos alguna información adicional.

Marinetti se levanta con dificultad. Sonríe de nuevo, desnudando sus dientes amarillos cubiertos en sangre y estrecha la mano de Anderson.

–Espero que no sea una molestia, pero tenemos que hacer un escaneo de rutina. Será cosa de un minuto o dos.

Tras la partida de Anderson, Marinetti nos indica que tomemos asiento. Le entrego el sobre. Lo rasga, examina el informe preliminar de la autopsia sin emitir comentarios y lo deposita encima de una ruma de papeles. Abre un cajón del escritorio.

–Parece que Marlene Díaz va a engrosar el 15 por ciento de casos resueltos –anuncia con desgano–. Pereira nos trajo un regalo.

Los gruesos dedos de Marinetti sostienen la esquina de una bolsa de plástico, en cuyo interior cuelga una vieja pistola.

–La encontraron en un manchón de pasto a unos 50 metros al sureste del cadáver.

Nos dedica su sonrisa de vampiro.

–La mala noticia para ustedes es que van a tener que seguir trabajando en esto.

La mano herida de la mujer está clavada en mi cabeza. No es la primera vez que sucede. Un detalle irrelevante, inútil, no

te abandona. La experiencia me ha enseñado a no resistir, a dejar que se disuelva por su cuenta.

Descanso sobre mi saco de dormir en un leve estupor alcohólico. La membrana interior de mis pulmones arde con cada inhalación. Me tiemblan un poco las manos a causa de la fiebre. Me contagió Pereira. No puedo dejar de pensar que, en menos de una semana, en estos cuartos va a imperar el mismo aire de abandono que en la casa de Marlene Díaz. Mis vecinos saquearán todo lo que deje atrás: el colchón, la sartén, la lámpara de parafina, mis libros para combustible. Se va a correr la voz y alguien se apropiará del departamento. Ubicado en una esquina del edificio, en el tercer piso, en el extremo opuesto de los contenedores de basura, con vista a la calle, es una propiedad de lujo. Soy el único en el vecindario que nació y creció aquí. Mis padres postularon a un subsidio, pagaron una maldita hipoteca. Debo tener los títulos en alguna parte. ¿Es ese el motivo de haber esperado tanto? ¿Sentido de pertenencia? Mi madre conjeturó que se debía a mi trabajo; era algo a lo que aferrarse. Tomó la decisión de un momento a otro. Se enteró de que una prima iba a arriesgar la travesía y pidió ser de la partida. “¿A qué me voy a quedar?”, se obstinó. “Tienes este departamento, tus vecinos, una comunidad... allá fuera es una selva”, le rogué, pero no hubo manera de convencerla. Aun así sobrellevo esa carga. No alcanzó a llegar a los campamentos occidentales. Souza en persona vino a darme la noticia.

Mi madre tenía razón: el trabajo le daba forma a mi vida, constituía un andamiaje que ya se ha desplomado. Por supuesto, no soy libre para marcharme de improviso igual que ella. He planeado mi desertión tan meticulosamente como la fuga de una prisión. ¿Por qué ahora? No estoy seguro. Las cosas no hacen más que empeorar en esta área, pero

siempre ha sido así. La ciudad se asienta en una pendiente que se va inclinando, colapsa lentamente sobre sí misma. La indignación general, incesante, parece sugerir que la ciudad –¿las autoridades?– nos debiera algo, que hemos sido despojados de un derecho. Guardamos en nuestras mentes la noción de una época de vitalidad contra la que comparamos lo que nos rodea. ¿Cómo se originó esa noción? ¿Quién la implantó? Pocos se detienen a pensar –de manera acaso subversiva– que la ciudad quizás no se haya malogrado en absoluto. Es posible que su mecanismo esté operando sin fallas, cumpliendo un rango de funciones que nosotros –mero daño colateral– no alcanzamos a vislumbrar. Al otro lado me aguarda, si sobrevivo y decido aceptarlo, un trabajo que será una extensión del actual. La oferta me llegó a través de los coyotes. La mayoría de los desplazados no podría señalar con exactitud qué confían encontrar, excepto por no estar aquí. Tampoco mi madre. No cabe esperar más que peligro y privaciones, pero siguen (seguiremos) adelante, empujados por una fuerza inconsciente, misteriosa, como aves migratorias a lo largo de líneas magnéticas.

Bebo un sorbo de mezcal. Cierro los ojos, atento a los sonidos que reverberan en el edificio. Jacinta, mi vecina de al lado, está lavando platos y urgiendo a sus niños a que ordenen antes de irse a acostar. El nuevo ocupante del segundo piso da un portazo. Una pelea a gritos estalla en el block adyacente, pero se disuelve rápido. El allegado del piso de arriba, como siempre a esta hora, lleva a cabo su negocio de trueque a través de su ventana; tira un paquete de harina y falla el tiro. Se escuchan risas abajo en la calle, que pronto quedará desierta. Debiera levantarme y recoger los baldes de la anciana al final del pasillo y acarrear el agua para su wáter. Damos gracias cada día por las cañerías de plástico. Si no los pirquineros las hubieran arrancado hace tiempo.

¿Es mi turno esta noche? He perdido la cuenta. Debiéramos anotar los turnos con tiza en una pared. Mi contribución es una especie de expiación por mi trabajo. También lo es mi cargo informal: jefe de seguridad –de facto– de los cinco edificios de la cuadra. Igual que Reinoso y que la mayoría de mis colegas, transito una delgada línea entre lealtades.

Lupe. Hasta ahora no se me había ocurrido que podría buscarla. La veo en la pieza contigua, hecha un ovillo, aferrada al paquete de sus posesiones, los ojos salvajes, paralizada de terror. La encontré ahí una noche. Le apunté con mi arma de servicio, le ordené que se largara. Pero no se movió. Una criatura casi feral. Le di de comer. Le permití quedarse unos días que se transformaron en meses. La aterrorizaban las ventanas. En las noches, al amparo de la oscuridad, se acercaba furtivamente a espiar la calle. Fue ganando confianza. Se pasaba los días apostada en ese lugar, vigilando. Me robaba cosas: latas de conserva, cucharas, velas, un abrigo. En tres ocasiones –en dos meses– entró de puntillas a mi cuarto en medio de la noche. Siempre me tomó por sorpresa. Una tarde se quedó observando a un grupo de viajeros que habían acampado al borde de las canchas de fútbol. Al amanecer bajó a la calle y se unió a ellos. Se sentó en un mojón de cemento, con la vista baja, aferrada a su paquete. Le ofrecieron de comer en un plato de plástico y aceptó. Al volver del trabajo esa tarde se había marchado.

Lupe. Hasta ahora no se me había ocurrido que podría buscarla.

Mi madre. Durante los primeros meses su presencia en estos cuartos era abrumadora. Nunca la vi, su espectro, pero me acompañaba, hasta el día en que comprendí que ese elemento residual se iba drenando. Ahora el departamento está vacío. Ya no es mi hogar. Me resulta tan impersonal como a quien quiera que vaya a tomar posesión de él en los

días venideros. ¿Le sucedió también a ella? ¿Aguardó a que la sombra de mi padrastro se hubiera desvanecido?

Me despierta un repiqueteo de disparos. Justo bajo mi ventana. Nada fuera de lo normal. Se escuchan gritos, un contrapunto de ladridos, zapatillas que se aferran al asfalto, una nueva ronda de disparos, pop pop pop, algo más apagados. No debiera pero me asomo a la ventana abierta. La calle está oscura. Aún arden algunas fogatas en las canchas. Un grupo de chicos dobla la esquina. Uno de ellos empuña una linterna. El óvalo de luz brinca, errático, recortando la vereda, los contenedores de plástico, las jaulas y gallineros vacíos, congelando los movimientos de sus camaradas en su resplandor estroboscópico. Termina por posarse en un chico que yace boca abajo en el pavimento sobre un charco de sangre. Conferencian en voz baja. Pienso que represento a la ley y casi me echo a reír. La ciudad es en realidad dos ciudades superpuestas en el mismo espacio. De noche es su territorio. Esta área permaneció durante más de una década bajo férreo control de los Nanos. Las mareas han cambiado: hoy es una zona fronteriza. El caudillo nano local falleció hace tres meses. Un infarto. El vacío de poder ha reverberado por todo el cuadrante. Se avecina una guerra civil y los otros ya huelen la sangre y han comenzado a incursionar, a desafiar el orden. Nadie quiere vivir en una frontera.

La noción indiscutible de que la ciudad entera se deteriora indefectiblemente, también se da por sentada respecto a los clanes: se traza una línea tajante entre los clanes antiguos, extensos, consolidados, los Nanos y los Erres, cuyos líderes presiden complejas estructuras de poder y operan de acuerdo a estrictos códigos de conducta, y las nuevas tribus, disgregadas, caóticas, las bandas de chicos que merodean de noche cual jaurías de animales, saqueando, incendiando edificios, asesinando al azar, incluso en sus

propios barrios. No usan tatuajes distintivos. La gente aún se refiere a ellos como claderos. Ellos prefieren términos como pandillas, tribus, hermandades. A la mayoría se les conoce como el grupo de X, la banda de Y, los amigos de Z. La fluidez de sus nombres refleja la de sus tránsitos migratorios, su congregación y dispersión aleatoria. Tal vez tengan razón en asimilarlos con los clanes, en considerarlos una versión embrionaria de los clanes. Si uno de estos grupos conquistara y asumiera el control de un área considerable, ¿desarrollarían las complejas jerarquías de los Erres y los Nanos? Los clanes les dan caza con sistemática saña, sin tregua, pero vuelven a aparecer una y otra vez, resurgen y se multiplican por generación espontánea a lo largo y ancho de la ciudad nocturna.

Los chicos toman una decisión. Dos de ellos levantan a su compañero herido y sostienen en vilo su cuerpo inerte, inmanejable. Su cabeza se balancea como un objeto suelto. Quizás ya ha muerto.

Me tiendo en el saco de dormir. Cierro los ojos. Veo la mano pálida, herida, de Marlene Díaz.

Despierto a la hora habitual. La primera luz me alcanza filtrada a través de capas de fiebre. Vuelvo a quedarme dormido. En un sueño veo a Marlene Díaz suspendida en el aire con los brazos abiertos. Sangre espesa gotea de sus manos y pies, su rostro queda fuera de foco, su túnica blanca ondea sin ruido en el viento. Despierto sobresaltado poco antes de las 10. Me levanto con esfuerzo. La calle rebosa de actividad matinal, es la marea alta. Una carreta tirada por un burro traquetea en el asfalto. Las voces infantiles, el reclamo de un pregonero, el balido de las ovejas y cabritos me llegan levemente distorsionados. La mancha de sangre

se ve muy deslavada, apenas logro distinguirla. Los perros la deben haber lamido. Me sorprende su tamaño, no mayor que una pelota de fútbol, y su ubicación unos metros a la izquierda de lo que recuerdo. La ciudad nocturna y la diurna nunca calzan del todo. Me preparo un té cargado y me envuelvo en el saco de dormir, intentando sudar. Me embarco en la caminata al trabajo. Podría haber enviado una nota avisando que estoy enfermo. Es lo que haré pasado mañana. Me dará un par de días de ventaja. Mi aspecto de hoy le dará credibilidad a esa coartada.

En la central encuentro a Pereira vigilando por la mirilla. Me indica, con una seña, que guarde silencio. La mirilla es una pequeña incisión rectangular en el muro de la sala de interrogatorios. La malla de alambre y el resplandor de la lámpara de parafina nos vuelven invisibles. El detenido aguarda sentado en la silla, desnudo, con las manos atadas a la espalda. La sangre que mana de su nariz y de un corte bajo el pómulo derecho gotea de su barbilla formando un reguero en su pecho y estómago. Un hilo de saliva roja cuelga de sus labios entreabiertos. Le falta uno de los dientes delanteros. La lámpara siseante descansa en la mesa frente a su cara y lo encandila. A pesar de los ojos entrecerrados, los moretones, el párpado y labios hinchados, la nariz rota, lo he reconocido de inmediato. Se llama Cal. ¿Debiera mencionarlo? No es el momento de complicar las cosas.

Cal permanece inmóvil en el cuarto oscuro. Su caja torácica se contrae rápido en respiraciones superficiales. Me cuesta decidir si solloza o sufre arcadas. Parece estar solo. Observa ciegamente la lámpara. Al cabo de unos minutos Reinoso emerge de las sombras y le propina un puñetazo con todas sus fuerzas. Un gancho de izquierda en la mandíbula. La silla se vuelca y Cal va a dar al piso de cemento

con un golpe seco. No pronuncia palabra alguna. Tampoco Reinoso. Tomo a Pereira del brazo y nos alejamos unos metros de la mirilla.

–Ha sido una mañana ocupada –susurra sin entusiasmo.

Parece algo mejor de salud. Una señal auspiciosa. Voy a necesitar todas mis energías al iniciar la travesía. Me doy cuenta de que no he soltado su brazo. Lo libero.

–Se llama Caleb Rodríguez –continúa Pereira–. Mató a Marlene Díaz.

Nos alcanza el sonido de las patas de la silla arrastrándose por el cemento, seguido de silencio.

–Las huellas en el arma coinciden. Tiene antecedentes. El chip confirma que estuvo en el lugar antenoche entre las... –extrae una vieja libreta de notas del bolsillo trasero de sus pantalones y busca una página– ...12.50 y la 01.29. No se resistió al arresto.

Los únicos casos que no quedan sin resolver, me digo, son aquellos que se resuelven a sí mismos.

–¿Motivo?

Pereira se encoge de hombros.

–Estaba borrado –contesta–. No se acuerda de nada. Posiblemente quería robarle las pastillas.

–¿Él le quitó el chip?

–No tiene idea.

–¿Qué hacía en esa área?

–Lo mismo que la víctima: comprando drogas.

Volvemos a la mirilla. Cal está de nuevo sentado en la silla, rodeado de silencio. Solloza. Mi nexos con él no es distinto al de Reinoso con la joven asesinada. No hay muchos grados de separación en la ciudad. Cada vez menos. La esposa de Cal, Rita, creció en una calle paralela a la de mi familia. El hermano menor de ella, Igor, era uno de mis

mejores amigos. Recuerdo la noche en que desapareció. Fue a cenar a la casa de un tío, a seis cuadras de la suya, y no volvió. Sus padres organizaron una batida esa misma noche, desafiando a los líderes locales y a las pandillas. Recorrimos las calles, revisamos las casas abandonadas, hasta muy tarde, llevando antorchas, linternas, velas, golpeando puerta por puerta, llamándolo en voz alta, aventurándonos lejos del núcleo del barrio. Lo encontraron a la mañana siguiente. Había cortado, como siempre, por un sitio eriazos y pisado unas planchas de zinc corrugado sobre las que habíamos cruzado cientos de veces. Una plancha cedió e Igor se precipitó a un pozo cuya existencia ignorábamos. Vi a su madre ese día, rodeada de una multitud. Nunca había oído a nadie aullar de esa forma. Conocía a Cal de vista. Hablamos un puñado de veces durante la adolescencia. Los tres años que nos separan eran un abismo entonces. Me llamaba “Borito”. Me lo topé aquí y allá una vez en la división, en su peor época. He sabido de él a través de rumores, sin mayor interés, de la manera en que todos nos mantenemos al tanto de la vida de todos los demás.

Cal es un recolector y contrabandista, principalmente en el mercado de los metales. Solía ser pirquinero, uno más en el enjambre que se despliega por toda la urbe robando cables, extrayendo cañerías, empalmes y codos de cobre, arrancando medidores de agua para extraer los embobinados interiores, serrando las manos y decapitando las estatuas de bronce en los cementerios. Lo último que supe era que había ascendido a reductor y distribuidor. El negocio ha declinado a medida que grandes extensiones de la ciudad –esta gran mina a tajo abierto– han sido expoliadas por completo. Cal es un pequeño contrabandista que subsiste a duras penas en los bordes de la legalidad,

pero hasta donde yo sé nunca fue reclutado por los clanes, nunca ha traficado drogas. El consumo es otra cosa. No sé cómo sobrevivió casi una década. Lo dejó cuando Rita quedó embarazada. Ella lo convenció de asistir a sesiones. Nunca escuché que recayera. Hasta ahora. Hace tres años envié a Rita y al niño a los campamentos occidentales. Le prometió que en un año ahorraría lo suficiente para pagarle a sus acreedores y costear su propia travesía.

Cal levanta el rostro y mira en dirección a la mirilla. Sé que no puede verme, pero no deja de inquietarme. ¿Percebe de alguna forma mi presencia? La adicción lo ha mermado. Representa 10 años más que su edad. ¿31? El daño estaba hecho mucho antes de este interrogatorio silencioso. Marinetti, quien debe estar fuera del cuadro de la mirilla, no ha dicho nada. Igual que Reinoso. Sostengo la mirada ominosa de Cal hasta que mi compañero vuelve a golpearlo. Su mandíbula emite un curioso sonido, como un entrechocar de tablas. Cae. Marinetti emerge de la sala de interrogatorios. Pereira y yo lo seguimos a su oficina.

–Ya casi terminamos –declara Marinetti, acomodándose en su silla. Da la impresión, igual que siempre, de haber dormido con la ropa puesta.

Escuchamos el siguiente puñetazo. Comprendo que ya no se trata de un interrogatorio sino de un desquite. No es una reacción sentimental de Reinoso. Dudo que Marlene Díaz le importe demasiado. O cualquiera excepto su esposa e hija. Cumple su deber de acuerdo a una lealtad paralela, guardando las apariencias. El rumor del duro castigo que está infligiendo al asesino se esparcirá por el barrio.

–Lo conozco –anuncio, con la sensación de dejarme caer.

–No me digas.

Marinetti sonrío, pero sé que no es lo que quería oír.

–Es un ex adicto. Lleva sobrio un tiempo.

–Eso está por verse –dice Marinetti. Recoge un papel de una resma en su escritorio y lo gira para que yo pueda leerlo. El papel ha sido reciclado, por lo que me veo obligado a descifrar entre las líneas de un documento más antiguo. Es un recibo que constata el encargo del informe de toxicología, que va a estar listo a finales de la tarde.

–Puedo hablar con él...

–No. Ya tenemos todo lo necesario para cerrar el caso. Excepto una confesión, claro.

–¿No ha confesado?

–No se acuerda de nada –murmura Marinetti, irritado.

–El informe de balística va a estar mañana a primera hora –interviene Pereira–. Tenemos sus huellas en el arma y su localización por el chip.

–El análisis de residuos en sus manos y ropa debiera confirmarlo –agrega Marinetti.

–¿La pistola es suya?

–No –contesta Pereira.

–¿Se puede rastrear?

Marinetti deja oír una carcajada. Me siento débil. La fiebre ha aflojado pero la caminata me ha dejado exhausto.

–Dice que la recogió en un basural hace una semana –dice Pereira.

–¿Motivo? –insisto.

–Robo.

–¿Encontraron las pastillas?

–No –contesta Pereira.

–¿Algún problema, Boro? –pregunta Marinetti, alzando un poco la voz. Está fastidiado y quiere que yo lo advierta.

Cal puede ser una sombra humana, un ex zombi, pero no es violento, nunca lo fue. Puede haber vuelto a la droga, haber perdido los estribos, pero la joven estaba de rodillas, indefensa, esperando lo que, hasta el último momento,

cuando levantó su mano, no sabía que iba a ser una ejecución a sangre fría. La ecuación no cuadra.

–¿Boro?

Es la señal de que debo ceder. No puedo darme el lujo de ignorarla. No hoy.

–Ningún problema, jefe –digo y me encojo de hombros–. Pobre huevón nomás.

Marinetti frunce el seño durante un largo minuto, antes de volver a sonreír.

–¿Estás bien?

–Un poco resfriado.

–Necesitas un trago.

Vierte una medida de aguardiente en su tazón sucio y me lo tiende. No le ofrece a Pereira.

–Por el 15 por ciento.

–Por el 15 por ciento –brindo y bebo. El alcohol me quema el esófago y me reconforta. Marinetti se inclina sobre el escritorio y me sirve un poco más.

Reinoso se apoya contra el marco de la puerta. Jadea levemente. Aún tiene encajada la manopla de bronce en la mano izquierda. Parece no notar las gotas de sangre que caen de las puntas de sus dedos al piso de cemento.

–Listo –dice.

Marinetti recibió un sobre. Reconozco las señales. Y sé muy bien que no hay que inmiscuirse en sus asuntos cuando implican lucro. Así es el negocio. Las piezas comienzan a calzar en torno a esta revelación, pero se abren nuevas interrogantes. Ello podría explicar su presencia en la escena del crimen. Quería verla con sus propios ojos, atar cabos sueltos. Quizás acudió a supervisar el ocultamiento del arma o para estropear algún aspecto específico de la

investigación, una excepción fortuita a la proverbial negligencia de mis colegas. También deben haberle pagado a Cal, acaso por dejarse inculpar en lugar de alguien importante, tal vez un caudillo. Si tuviera que adivinar diría que un Erre. El arma, el emplazamiento y el método de ejecución corresponden más al estilo de los Erres que al de los Nanos. Cal está endeudado y desesperado, y resulta desechable. Pero, ¿para qué darse la molestia? ¿Para qué dejar el cuerpo al descubierto? ¿Por qué la necesidad de un chivo expiatorio? ¿El cadáver significa algo, buscaba transmitir una advertencia o amenaza? ¿Eligieron la víctima al azar? Quizás lo que parece circunstancial sea lo esencial: la ubicación, el ojo, la mano perforada, la dirección en que apuntaba su brazo, el crucifijo, las iniciales M y D. ¿Por qué involucrar a Marinetti? ¿O fue él quien lo planeó? Este tipo de maquinaciones son de su gusto. ¿Y Cal? ¿Lo drogaron, lo amenazaron? ¿Entiende a cabalidad con quién está jugando?

El bulto en mis pantalones me incomoda. El calor angustiante no ha cedido siquiera a esta hora, poco antes de la puesta del sol. Cada año el desierto se adentra un poco más en la ciudad. Hay áreas en el extremo norte en que, se dice, las dunas se apoyan contra los edificios y muros como rompientes. Los veranos se alargan, las olas de calor son cada vez más devastadoras. La sequía actual se ha prolongado por una década. Y mi propia fiebre vuelve a aumentar. He tomado un par de desvíos en mi regreso a casa: primero al distrito de los prestamistas, ahora por el mercado. Nadie tiene por qué saber que acabo de hacer mi último giro. No retiré todos mis fondos, pero casi. He renunciado al saldo para diferir la sospecha, literalmente para comprar tiempo. Es un riesgo. En el ajeteo del mercado, en medio de la muchedumbre que se atropella

y funde en las intersecciones y en los angostos pasillos entre los puestos, soy vulnerable. Alguien podría seguirme. Me dedico a estudiar la mercancía: tacos y empanadas, tunas y papayas, maíz, harina, dulces, gallinas, cuyes y conejos vivos, repuestos oxidados, lámparas, municiones dudosas, viejas fotografías, libros y revistas, ropa, potes y adornos de cerámica, medicinas, collares, amuletos, fetos disecados de llamas, combustible y agua. La gente acarrea animales vivos o muertos y paquetes de todos los tamaños y formas para intercambiar. Algunos tenderos consiguen avanzar en triciclos de carga por los pasadizos atestados. Anderson mencionó que trabaja en el mercado central. No recuerdo qué vende. El sol traspone el horizonte. En media hora las tiendas habrán sido desmanteladas y en lugar de esta frenética colmena humana quedará una explanada polvorienta.

Sigo una ruta indirecta. Apuro el paso en un sector en que aberturas estratégicas en las carpas dejan ver a mujeres arrodilladas en colchonetas. Me detengo ante un puesto de libros. Espero un minuto revisando algunos volúmenes, leyendo las contraportadas. Le pregunto al encargado por un tomo en particular y me invita a revisar la mercancía al interior de la pequeña tienda. Souza me da un abrazo rápido. Le entrego el paquete y cuenta los billetes. Sus mechones blancos le caen sobre el rostro.

–Con esto estamos –susurra–. Mañana a las nueve y media, en el punto de encuentro. Te van a reembolsar al otro lado. Yo me encargo del crédito sobrante. No llegues tarde.

Toma un libro al azar y me lo entrega. Debo comprarlo afuera para guardar las apariencias.

–Nos vemos mañana –afirma con seriedad.

Titubeo un instante. Estos intercambios no pueden alargarse más de lo estrictamente necesario.

–¿Te acuerdas de un tipo llamado Cal, Cal Rodríguez?
–pregunto– Pasaste a su mujer y su hijo hace tres años.
Rita y Pedro Rodríguez.

–¿Asunto oficial?

–Más o menos.

–No es el momento... ni el lugar.

–Lo sé.

Souza me estudia. Algo en él me recuerda, a pesar del pelo largo, los ojos oscuros, la diferencia de estatura y edad, a Anderson. Nunca había contemplado la posibilidad de que sea un diseñado.

–¿Organizó su propia travesía?

Los rasgos de Souza registran un asomo de incomodidad. El negocio de los coyotes se basa, antes que nada, en la discreción.

–Tienes que irte –susurra.

Espero. Deja escapar un suspiro.

–¿Quién te lo dijo? ¿Él mismo?

Niego con la cabeza.

–Sí, arregló la travesía –cede–. Pagó por adelantado hace tres días. No quiso fijar una fecha. Dice que podría tardar meses.

Mi conjetura era correcta. Arriesgo otra:

–¿Conoces a Marlene Díaz?

Me observa con curiosidad.

–Está muerta –dice.

–Cal es el principal sospechoso. Estoy bastante seguro de que no la mató. Se está dejando inculpar para proteger a alguien.

Souza asimila esta información.

–Contrató a un colega, cuyo nombre no puedo revelar –murmura.

–¿Cuándo?

–Hace como una semana. Ya está hecho.

–¿Qué cosa?

–La hermana y el hijo. Ya partieron.

Mi último día de trabajo transcurre sin eventos memorables. La fiebre se ha desvanecido pero aún me siento débil. Veo a Cal una vez más, a través de la mirilla, previo a su transferencia al centro de detención del edificio de la Administración, la parada final antes de Santa Catalina. Vendajes le cubren la nariz y el pómulo, su ojo está reducido a una ranura, lleva el brazo en cabestrillo. Paso la mañana en mi escritorio. Me dejo absorber por el papeleo referente a Marlene Díaz y otros casos. Tecleo con vehemencia. Reinoso no aparece. Consulto a un colega y me comenta que se tomó unas horas para hacer unos trámites. Marinetti me llama a su oficina para notificarme que llegó el informe de balística. Confirma que la bala que atravesó la mano y el ojo de Marlene Díaz provino del arma encontrada en el descampado, el arma que contiene las huellas digitales de Cal Rodríguez.

–No podría ser más 15 por ciento –vocifera.

Distingo el informe de toxicología encima de una ruma de documentos en el escritorio. Marinetti no alude a él; yo tampoco.

Reinoso llega después de almuerzo y ocupa su lugar en el escritorio frente al mío.

A las cuatro me asomo a la oficina de Marinetti. Le digo que aún me siento mal y pido permiso para retirarme temprano.

–Puede que me quede en casa mañana –agrego.

–Por supuesto, trata de descansar –responde Marinetti y me dedica una seña de despedida levemente burlona. Si todo sale bien, no lo volveré a ver jamás.

Dedico casi una hora a empacar mi bolso y organizar mis

pertenencias en una especie de isla en medio del living. Me gustaría dejar etiquetas legando cada objeto a un vecino o vecina en particular, pero no es posible. Me duele separarme de mis libros. ¿Habrán libros en los campamentos? Al finalizar esta tarea comprendo mi error y consumo otra media hora volviendo a desordenar el departamento. Cada minuto ganado será imprescindible. Caliento un plato de lentejas y me obligo a ingerirlas aunque no tengo hambre. Escribo una nota dirigida a Marinetti declarando que he empeorado y que he decidido visitar a un doctor. Le entrego el sobre sellado a un chico del segundo piso con el encargo de llevarlo a la central en la mañana, no muy temprano. Le pago el doble de lo habitual. Redacto una nota para mi vecina, Jacinta, advirtiéndole que estaré fuera dos o tres días, solicitando que asuma mis turnos acarreado los baldes. Dejo el sobre abierto en el piso del living, frente a la puerta.

Salgo temprano. Atravieso las canchas de fútbol y sigo un trayecto sinuoso en dirección al río. Durante la larga temporada estival la corriente se reduce a un arroyo de agua lechosa, maloliente. Cruzo por uno de los puentes colgantes. Doblo hacia el oeste por el banco opuesto. Doy con la tapa de cemento y, de acuerdo a las instrucciones, aguardo sentado sobre ella una señal. Ya estoy en camino, me digo, exultante. Uno de los componentes principales de todo viaje son los tiempos muertos, la espera. Noto un refugio de los niños del río, medio oculto tras una masa de arbustos enmarañados, donde no parece haber señales de vida. Más allá de la orilla, las torres de agua comienzan a adquirir volumen en la luz rasante, lo mismo que las colinas a la distancia. Mi mente deriva hacia Marlene Díaz y el estigma en su mano, un eslabón más –el último para mí– en una cadena de casos sin resolver. Imagino a

Cal en el centro de detención. Llegaré a Santa Catalina antes de fin de mes. ¿En cuánto tiempo podrá utilizar su pasaje con Souza? Le pagaron por dejarse inculpar y con esos fondos pagó la travesía. ¿Saldó también sus deudas? Hubiera sido demasiado arriesgado hurgar en eso, sondear a sus acreedores sin levantar sospechas. ¿Es posible que Cal la matara? No lo creo. Se trató de un trabajo limpio, profesional. Marinetti fue parte del trato, sin duda. Y Marlene Díaz. Aceptó proceder tras la partida de su hermana y su hijo. Ello explica su resignación, su pasividad. ¿Levantó su mano en un gesto reflejo? ¿Se arrepintió a último momento? ¿Imploró clemencia? ¿La engañaron? Alrededor de este puñado de certezas, los hechos se tornan difusos.

Una niña corre por la orilla opuesta entre montículos de escombros. Se detiene justo frente a mí. Debe tener unos ocho años. Sus manos manipulan un objeto pequeño y de ellas surge, como una flor, una llamarada deslumbrante. Sostiene un espejo, dirigiendo un rayo de sol hacia mí. Después de unos segundos, se echa a correr otra vez y desaparece. Miro alrededor. Ambos bancos se ven desiertos. Levanto la pesada tapa. Desciendo y la cierro con cuidado sobre mi cabeza. Espero a que mis ojos se acostumbren a la oscuridad. Distingo un tenue círculo de luz que se filtra por el borde de la tapa. Souza no mencionó una linterna. ¿O sí? No hay suficiente espacio para andar erguido. Palpo el techo áspero hasta dar con un muro. Encuentro una abertura, peldaños. Me hundo en una penumbra absoluta. Los escalones son desiguales, resbalosos. Parecen ensancharse y curvarse hacia la izquierda. Al llegar a la base, un débil fulgor me permite vislumbrar los contornos de un túnel que conduce a un canal seco. Un resplandor metálico brilla en el fondo: un hilo de agua sucia. Un par de ratas enormes se escurren entre

mis pies. Sus chillidos resuenan en las paredes cóncavas, el cielorraso abovedado. Decido continuar por la orilla del canal, paralelo al curso del río. Oigo un zumbido lejano y procuro acercarme a él. Me adentro en un pasadizo angosto que se bifurca en un ángulo extraño. Una puerta a la izquierda proyecta un paralelogramo de luz fluorescente en el túnel, iluminando un generador portátil, un bolso de lona. El cuarto es estrecho, no más grande que un clóset. Un palimpsesto de antiguos rayados cubre los viejos muros; eslóganes revolucionarios. Una silla plegable y una mesa de campaña han sido dispuestas sobre la tierra suelta, la basura y las cacas de ratas. En la mesa hay botellas, un escáner portátil, guantes y material quirúrgico en envoltorios de plástico, una caja de herramientas. La silla enfrenta la pared del fondo. Siguiendo las instrucciones de Souza, tomo asiento. Después de un minuto, me saluda la voz suave de una mujer de mediana edad.

–Hola Boro. Por favor no te des vuelta.

Con el rabillo del ojo alcanzo a entrever una mascarilla quirúrgica, una gorra, antiparras, un mechón de pelo gris, antes de que me vende los ojos con una cinta de gaza. Su mano fría me toca la frente. Presiento a alguien más a mis espaldas, en el umbral, alguien que probablemente apunta un arma a mi cabeza.

–Levántate.

Obedezco. La mujer desliza un detector de metales por mi cuerpo. Solo la hebilla de mi cinturón lo activa. Me da una palmada suave en un hombro y vuelvo a sentarme.

–Tienes un poco de fiebre.

–Estoy saliendo de un resfrío –digo–. ¿Es un problema?

–No para esto.

Una pausa. Imagino a la mujer y a su colega silencioso intercambiando miradas.

–¿Seguro que solo quieres cambiar el apellido?
–pregunta la mujer.

–Seguro.

Manipula varios objetos en la mesita, rasga envoltorios de plástico, se enfunda guantes de goma. Quisiera interrogarla acerca de su oficio. ¿Cómo seleccionan las locaciones? ¿Cuánto tiempo pueden operar en un mismo sitio? Este habitáculo entre las alcantarillas no parece un lugar ideal. Mi sistema inmune tendrá que hacer su trabajo.

La mujer acerca el escáner a mi nuca y emite el pitido característico. Me aplica desinfectante con un algodón.

–Ahora quieto.

Un aparato metálico aplica presión contra mi cuello. Siento un pinchazo y luego distintos grados de presión, un traqueteo, olor a carne chamuscada.

La mujer aplica otro líquido y venda la herida con gaza y cinta quirúrgica.

–Listo –anuncia.

Escucho que su compañero empieza a remover bultos, empacando.

–Danos cinco minutos –ordena la mujer–. ¿Sabes cómo volver a la tapa?

–Creo que sí.

Sus manos aferran mis muñecas. Deposita dos objetos ínfimos en las palmas de mis manos. Una píldora en un blíster y el chip.

–Trata de no tocarte el cuello por un par de días. Mantén la zona limpia. Si se infecta, toma esto. Tira el chip cerca de tu casa. Tienes dos horas.

Me propina un leve empujón. Me pongo de pie enfrentando la pared. Doblan la silla y la mesa. Apagan el

generador, se hace la oscuridad. Distingo el parpadeo de una linterna a través de la venda.

–Cinco minutos –repite la mujer–. Buena suerte.

Cruzo las canchas de fútbol poco antes de las nueve. No hay tiempo que perder. El sol se ha ocultado y el barrio va quedando desierto. El efecto de la anestesia local comienza a desvanecerse. Entierro el chip junto a uno de los arcos. Algo inusual me llama la atención en un callejón a tres cuadras de mi edificio. El viejo auto de Reinoso medio escondido tras unos contenedores desbordados de basura. Me aproximo con cautela, desde atrás. Reinoso –¿o Marinetti?– ha tomado la precaución de instalar el cepo para trabar el volante, pero no de cerrarlo con llave. El cepo no serviría de mucho si lo encontraran los chicos de la calle. Lo rodearían como un enjambre, desmantelándolo hasta sus mínimos componentes en cosa de minutos. Tanteo bajo la guantera, la funda está vacía. Resuelvo huir, dirigirme sin más al punto de encuentro. Lo único que estoy dejando atrás en el departamento es mi mochila, que contiene ropa, carne y fruta seca, algunas viejas fotografías y mi arma. La idea de Marinetti barajando las imágenes de mis padres, de mi hermana fallecida, me disturba. Contra toda lógica, cambio de idea y decido volver.

Ingreso al edificio por la puerta trasera. Bajo al sótano y recobro el destornillador con la punta limada que mantengo pegado con cinta de embalaje en una rendija. Regreso al auto y lo oculto bajo el asiento del conductor. Me dirijo por el costado de la calle hasta la entrada principal para que Marinetti y Reinoso me vean aproximarme

desde mi ventana. Evito mirar hacia arriba. En el último tramo de la escala me arranco la venda del cuello.

Reinoso descansa en cuclillas con la espalda apoyada contra la pared del living, junto a mi mochila. Está solo. Ha encendido una vela. Mi nota a Jacinta sigue en el lugar donde la dejé, sobre la alfombra gastada de mi madre. Se levanta. Señala a la puerta y la cierro.

—¿Te vas de viaje?

—Sí —murmuro—. Un primo está muy enfermo, está... agonizando. Tengo que ir al este por unos días.

—Qué lástima.

Reinoso arrastra las palabras. Creo distinguir, tras su personaje intoxicado, los efectos del alcohol. ¿Él y Marinetti han estado brindando, celebrando anticipadamente mi arresto?

—¿No estabas resfriado?

—También.

Asiente.

—Pensaba pasar a avisar mañana a la central —improviso.

—Marinetti quiere hablar contigo.

—¿Ahora?

—Ahora mismo.

—¿Sobre qué?

—Ni idea, compadre. Soy tu medio de transporte —contesta Reinoso con frialdad.

Ambos sabemos exactamente de qué quiere hablar Marinetti y cómo se va a desarrollar la conversación, casi palabra por palabra, y lo que ocurrirá después.

—Si no te importa, voy a llevar mi mochila —digo y doy un paso hacia él—. La estación de buses queda a la pasada. Podría salir esta noche.

—De hecho, sí me importa —susurra Reinoso.

Me apunta con su pistola.

–¿Qué pasa? –tanteo en busca de información pero sé que no va a jactarse, no va a comunicar nada más allá de lo esencial.

Me lanza sus esposas.

–Hazme el favor.

Cierro un anillo en torno a una de mis muñecas. Golpean la puerta. Reinoso me indica con una seña que retroceda hacia la ventana y cierra silenciosamente el pestillo de la puerta justo antes de que intenten girar el pomo.

–¿Boro? –pregunta la voz de Jacinta.

–Hola Jacinta –contesto, acercándome (obedeciendo a una señal de Reinoso) a la puerta.

–¿Vas a subir los baldes?

Reinoso niega con la cabeza.

–No, lo siento. Esta noche no puedo. Te prometo que te voy a compensar. Me haré cargo de todos los turnos la próxima semana.

No hay respuesta. Jacinta cierra su propia puerta con un portazo. Me dispongo a cerrar la segunda esposa.

–No, compadre –ordena Reinoso–. Detrás de la espalda.

Obedezco. Es el fin. El destornillador permanecerá bajo el asiento, intocado. Quizás lo encuentren mañana o al día siguiente y lo usen en mi contra, si aún estoy entre los vivos. Reinoso enfunda la pistola dentro de su chaqueta y se cuelga la mochila de un hombro. Recorremos el pasillo oscuro y bajamos las escaleras. Aunque ya ha anochecido, puedo sentir las miradas de mis vecinos, de Jacinta, que confluyen en mi espalda. Alguien lanza un silbido burlón. No hay manera de revertir el descrédito de un arresto público. Pero no importa. Ya no voy a regresar.

Es mi turno de ocupar la silla caliente, frente a la lámpara. Solo que no ocurrirá en la central sino en uno de los otros cuartos, los cuartos secretos, sin conocimiento de

mis colegas. Y mi castigo no será ejecutado por Reinoso sino por un clanero, un especialista. Y no voy a terminar en el centro de detención, rumbo a Santa Catalina, sino en un sitio baldío con una bala en la cabeza, como Marlene Díaz, o en un basural. De la oscuridad del cuarto al que me dirijo no voy a salir. Ni siquiera están al tanto de la única acción ilegal que he cometido hasta ahora: el cambio del chip. Mi transgresión es otra: Marinetti no me dejará escapar de su campo gravitacional, he visto demasiadas cosas. Me ha ganado la partida. Su red de informantes cumplió su cometido. ¿Hace cuánto tiempo? ¿Ha sabido de mis planes durante semanas, meses? Ha estado –tal como temí– jugando conmigo, esperando al último instante para enviar a Reinoso a buscarme. No me importa la tortura, el horror físico que se me viene encima –lo acepté desde el comienzo como el precio probable del fracaso–, ni siquiera el final predecible: el alivio de la muerte. Lo que más me duele es la vergüenza, la humillación retroactiva. Decenas de interacciones recientes, conversaciones banales, me vienen a la mente bajo una luz distinta. Marinetti y Reinoso se mofaban de mí, se doblaban de risa a mis espaldas, anticipando el momento en que debería sentarme ante el escritorio de Marinetti y enfrentar su sonrisa triunfal.

Reinoso guarda silencio hasta llegar al auto. Arroja mi mochila en el asiento del pasajero. Abre una puerta trasera y apoya su mano en mi cabeza para evitar que me golpee. Ese gesto profesional en clave de burla me asusta.

–Va a ser una noche larga –anuncia, sonriendo, mientras abre la puerta del conductor.

El hombro derecho de Reinoso parece explotar al mismo tiempo que resuena la detonación. Una nube de gotas de sangre vela mi ventana. Las llaves del auto repiquetean en el pavimento. Se desploma. En la luz escasa lo veo tendido

en el cemento en una pose torcida, intentando alcanzar la pistola enfundada, pero su única mano libre no le responde. Siguen más disparos. Las balas rebotan a su alrededor. Una perfora el parabrisas. Me quedo pasmado contemplando las líneas que se expanden desde el centro como una telaraña. Otras impactan el costado del auto. Me agacho. Zapatillas rechinan en el pavimento.

–¡Eres un puto cerdo! –grita una voz joven, destemplada, cerca del auto– ¿O no, huevón?

Reinoso permanece mudo.

–¡Contesta, cerdo conchatumadre!

Reinoso no responde. Escucho su respiración laboriosa.

–Te voy a decir una cosa –aúlla el chico. Me doy cuenta de que actúa para un corro de testigos, sus camaradas–. Te quedan exactamente 10 segundos. Nueve, ocho, siete...

Contengo el aliento. Alguien choca contra el auto. Pierdo la cuenta y entonces suena el disparo.

Abren la puerta trasera izquierda y me sacan de un tirón. Estoy de rodillas en el pavimento rodeado de cuatro chicos de 13 o 14 años, libres de tatuajes.

–¿Qué hiciste, huevón? ¿Por qué te llevan en cana?

El chico que sostiene la escopeta recortada, cuyo pelo teñido de rubio oxigenado resplandece en la penumbra, indica al hombre que acaba de ajusticiar. Reinoso no tiene rostro. Su máscara de afectada embriaguez por fin le ha sido arrancada.

–Por tratar de escapar –digo, procurando enunciar con un tono firme.

–¿De la ley? –pregunta el muchacho de la escopeta.

–De la ciudad.

Otros chicos y chicas surgen de las sombras y comienzan a trabajar en el auto. Los rayos de múltiples linternas se entrecruzan. Abren el capó, accionan una gata hidráulica,

revientan el parabrisas agrietado, extraen los asientos. Aguardo mi sentencia. Una chica encuentra mi mochila y se la arroja al de la escopeta, el líder.

—¿Es tuya?

—Sí.

Hurga en la mochila. Sostiene mi pistola. Equipamiento estándar de la división.

—¿Es tu arma?

—Se la robé a él.

Hasta ahora he evitado mirarlo a la cara. He mantenido mi vista en su torso desnudo, libre de tatuajes. Me fuerzo a buscarle los ojos. En el fulgor intermitente de las linternas, sus pupilas brillan con intensidad maníaca, parte adrenalina, parte química. Lo veo dudar. Se encaja mi pistola en el cinturón. Levanta la escopeta y me apunta a la cara. Pienso en Marlene Díaz. De no ser por las esposas, quizás levantaría una mano para no ver el doble cañón que casi me roza la frente. Me invade una extraña calma. La ejecución debiera ser expedita. Si me hubieran permitido elegir, me digo, hubiera optado sin dudarlo por esto en vez de la interminable degradación que Marinetti me hubiera deparado.

El chico baja la escopeta, se agacha acercando su rostro al mío y grita con toda la potencia de sus pulmones, rociándome de saliva. Un aullido largo, inarticulado, animal. Puedo oler el alcohol en su aliento. De pronto salta hacia atrás como si una fuerza lo hubiera jalado. Su atención se posa en el auto, que está siendo desmantelado a un ritmo frenético. Me siento en el pavimento. Busco en los bolsillos de Reinoso la llave de las esposas. Recojo mi mochila. Me alejo despacio hasta que me rodea la oscuridad. Paso frente al edificio. La luz fluctuante de la vela aún brilla en mi departamento. Estoy atrasado. Quizás he perdido mi única oportunidad. Tengo que correr.